

POBLACION, ECONOMIA Y ETICA

JORGE IVÁN HÜBNER GALLO

Profesor Titular de Introducción al Derecho
Facultad de Derecho - Universidad de Chile

SUMARIO

1. La política antinatalista de los Estados Unidos de Norteamérica. 2. La inconsistencia del malthusianismo. 3. La autorregulación natural de las poblaciones. 4. Población y desarrollo económico. 5. Consecuencias socioeconómicas del descenso de la natalidad. 6. La crisis moral de la civilización.

El Santo Padre, la primera autoridad espiritual del orbe, se ha empeñado personalmente, por todos los medios que le competen, en impedir que se adopten este tipo de acuerdos, que vulneran principios fundamentales de toda sociedad civilizada, auténticamente humana. Entre las principales actuaciones realizadas en este sentido se destacan varias alocuciones, su carta a todos los jefes de Estado del mundo y, muy especialmente, su reciente entrevista en el Vaticano con el Presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton. Lamentablemente, el romano Pontífice y el Primer Mandatario norteamericano no llegaron a ningún acuerdo sobre los puntos básicos en discrepancia; pero, por lo menos, Clinton aseguró (según las agencias internacionales de noticias) que no promovería el aborto como medio de control de la natalidad.

1. *La política antinatalista de EE.UU.*

Esta histórica reunión tuvo excepcional importancia, ya que, como es bien sabido, los Estados Unidos encabezan, desde hace varias décadas, con fuerte apoyo financiero, una ofensiva mundial antinatalista, dirigida principalmente a los países de Hispanoamérica, Asia y África, en la que invocan la supuesta conveniencia de prestarles "ayuda" para frenar un excesivo aumento de su población que, según se asegura, entorpecería el desarrollo socioeconómico de los pueblos. Esta errónea e interesada teoría, que fundamenta también las referidas propuestas de la Conferencia de El Cairo, está implícita en la frase, tristemente famosa, del Presidente norteamericano Lyndon Johnson, quien expresó, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, en junio de 1965:

“Procedan teniendo en cuenta que cinco dólares invertidos en la tarea de limitar la población valen tanto como cien dólares destinados al progreso económico”. Pocos meses después, en octubre del mismo año, S.S. Paulo VI, haciendo uso de la palabra ante el mismo organismo mundial, afirmó: “En vuestra asamblea, incluso en lo que concierne al problema de la natalidad, es donde el respeto a la vida debe encontrar su más alta profesión y su más razonable defensa. Vuestra tarea es actuar de tal suerte que el pan sea lo suficientemente abundante en la mesa de la humanidad, y no favorecer un control artificial de los nacimientos que sería irracional, con vistas a disminuir el número de comensales en el banquete de la vida”.

En el hecho, no fueron “cinco dólares”, sino cientos de millones de dólares los que entidades oficiales o privadas de los Estados Unidos, o de organismos internacionales con decisiva injerencia de ese país —como la Agencia para el Desarrollo, AID, el Fondo de Población de las Naciones Unidas, el Population Council, la Fundación Rockefeller, la Fundación Ford, la Federación Internacional de Planificación de la Familia (IPPF), etc.—, han destinado a financiar, en esta área, tanto servicios, publicaciones y toda clase de propaganda, como asimismo la distribución de enormes cantidades de productos anticonceptivos. Esta ofensiva internacional, que podría causar funestos efectos en el futuro de las regiones de que es especial objeto, es evidentemente menos onerosa para los contribuyentes norteamericanos, y de algunas naciones industrializadas de Europa Occidental, que una efectiva ayuda económica, científica y tecnológica a las naciones del Tercer Mundo.

2. *La inconsistencia del malthusianismo*

La campaña internacional contra la vida humana, que promueve la limitación de la natalidad y la liberalización del aborto, se basa en supuestos falaces, que se pretende presentar como verdades inconclusas, irrefutables, como son el espantajo de un catastrófico crecimiento de la población mundial, que podría llegar a sobrepasar los recursos alimentarios disponibles, o, según una tesis más moderada, las desfavorables consecuencias que se atribuyen a un incremento demográfico excesivamente acelerado, en cuanto podría ir en detrimento del progreso socioeconómico de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo.

Hay que recordar, en primer lugar, que el tema del peligro de un ilimitado crecimiento del género humano sobre el planeta, que proseguiría hasta agotar los recursos existentes para su sobrevivencia, está lejos de ser nuevo. Ya en el siglo XVIII, el pastor protestante y economista inglés Thomas

Robert Malthus (1766-1834) formuló, en su “Ensayo sobre el principio de población” (1798), su pretendida “ley de las poblaciones”, según la cual la población tendería a crecer, sin que ningún obstáculo lo impidiera, en una progresión geométrica (4, 8, 16, 32, 64, etc.), duplicándose cada 25 años, en tanto que las subsistencias sólo se acrecentarían en una proporción aritmética. Con el transcurso del tiempo, tendría que producirse un catastrófico desequilibrio entre ambos factores, acarreado espantosas guerras y terribles hambrunas. Para evitar tales consecuencias, Malthus —que rechazaba por razones morales los métodos anticonceptivos—, preconizaba la continencia durante el celibato y el aplazamiento voluntario de la edad para contraer matrimonio. En el transcurso de los siglos XIX y XX, quedó de manifiesto que su “ley” carecía de todo fundamento: la población no se incrementó en la forma prevista y las subsistencias, en lugar de escasear, aumentaron en una proporción mucho mayor que el crecimiento demográfico.

Malthus confundió la fertilidad potencial humana, sobre la cual se puede especular con alguna aproximación, con la natalidad real, que corresponde a numerosas variables, en gran parte imposibles de predecir. No previó, por otra parte, la futura potencialidad de la agricultura, la industria y la minería, por lo que no pudo tomar en cuenta que con el extraordinario progreso de la ciencia y la tecnología, se iba a aumentar y mejorar enormemente la producción, elevando las condiciones de vida de la población a los niveles más altos de la historia. Agregaremos que cuando publicó su célebre libro la Tierra tenía mil millones de habitantes. Si esta cifra se hubiera duplicado cada 25 años, la población mundial ascendería, en 1998, a 256 mil millones de personas. Como en el presente se eleva, según se estima, a sólo 5.700 millones, sin que pueda variar substancialmente esta cifra en los próximos cuatro años, queda en claro que algo anduvo mal en la teoría de Malthus, lo que no puede atribuirse, dada esta enorme diferencia, sólo a factores tales como la desnutrición, las guerras o las epidemias.

3. *La autorregulación natural de las poblaciones*

Por otra parte, aun dentro del supuesto, que no corresponde a la realidad, de que el crecimiento demográfico no tuviera ningún límite, faltaría aún mucho tiempo para que la humanidad pudiera sufrir una catástrofe por superpoblación. El eminente investigador británico Colin Clark, quien fuera Director del Instituto de Economía Agraria de la Universidad de Oxford, afirma, con fundados antecedentes, en su libro “Population Grow & Land Use”, que la Tierra puede alimentar, con los recursos técnicos existentes, a 47 mil millones

de personas, en un nivel similar al de los Estados Unidos; y a 150 mil millones, en el padrón de vida asiático. En nuestro país, donde el problema no es de exceso sino de falta de población, un prestigioso experto en nutrición, el Dr. Fernando Monckeberg, sostiene en su libro "Jacque al subdesarrollo" (1ª edición), que "si la actual tierra cultivable en Chile se lograra hacerla producir con la eficiencia como lo hace el Japón, habría suficiente cantidad de alimentos para alimentar 120 millones de habitantes" (*Ob. cit.*, p. 145).

No obstante, como la superficie de la Tierra es limitada —insistirían los partidarios de la tesis "catastrofista"—, puede llegar el momento, aunque sea en un futuro lejano, si no se pone atajo al progresivo aumento de la población, en el que ya no hubiera espacio suficiente para albergar y nutrir a una gigantesca, desbordante, masa de seres humanos. Pues bien, esta aventurada posibilidad no puede convertirse en realidad, porque no existen, en todos los tramos de la escala de la vida, incluso en el hombre, leyes naturales de autorregulación de las poblaciones, cuya forma de operar no ha sido suficientemente investigada, pero que se comprueban con los hechos. Así como la estatura de cada persona va aumentando desde el nacimiento hasta alcanzar cierto límite, que no será sobrepasado, análogamente, ocurre algo similar con las poblaciones de todos los seres vivos, las que se regulan espontáneamente hasta llegar a un nivel de estabilidad. Este fenómeno ocurre, entre otros factores, por las características del medio y por la densidad, o sea, por la cantidad de individuos por unidad de espacio habitable: a mayor densidad, menor fertilidad, y viceversa. Este hecho fue verificado experimentalmente por el ilustre biólogo norteamericano Raymond Pearl con colonias de moscas de la fruta, de abejas, etc., que, introducidas en una botella y alimentadas en forma permanente, crecían siguiendo una especie de curva logística, hasta detenerse su crecimiento al equipararse el número de los nacimientos con el de las muertes. Hay un tope o "techo" biológico infranqueable. El desarrollo demográfico de la especie humana, como de cualquiera otra especie, según las distintas regiones o circunstancias propias de su hábitat, puede aumentar sólo hasta un punto máximo; pero, en muchas épocas y lugares, ni siquiera alcanza ese nivel, dada la complejidad y diversidad de las variables que influyen en este campo. La historia nos muestra, al respecto, que hay regiones en que las agrupaciones humanas se han incrementado progresivamente, otras en que se han mantenido estacionarias durante largo tiempo y no pocas en que se han extinguido, como ha ocurrido, por ejemplo, en Chile, con algunas tribus indígenas que vivían en la región de los canales del extremo sur del país. Todos estos antecedentes dejan en evidencia la falta de fiabilidad de las predicciones del futuro crecimiento

demográfico de la humanidad, basadas en simples proyecciones matemáticas de las actuales cifras sobre la materia, con las que se pretende fundamentar la supuesta necesidad de llevar a la práctica planes de limitación masiva de la natalidad en el Tercer Mundo, que podrían adquirir las dimensiones de un verdadero genocidio.

Se ha argumentado, en relación con la tesis de la autorregulación natural de las poblaciones, que el adelanto científico de nuestra época, especialmente en el campo sanitario, previniendo y derrotando algunas enfermedades que antaño producían estragos, habría provocado un desequilibrio en el crecimiento demográfico de la especie humana. Pero, esta opinión resulta desvirtuada por el hecho de que, en todas las épocas, en mayor o menor medida, el hombre ha ido cambiando, en un sentido cada vez más favorable, sus condiciones de vida y que la humanidad se ha adaptado biológicamente a estas nuevas modalidades. Incluso los actuales demógrafos "catastrofistas", contradiciendo tácitamente sus teorías, ya señalan que la población mundial se está encaminando a alcanzar, dentro de algunas décadas, un nivel de estabilización, de "transición demográfica", en el que se llegará a un nuevo "techo" en su actual crecimiento.

4. Población y desarrollo económico

En cuanto a la incidencia del aumento de la población en el desarrollo económico de los pueblos, que los augures del "birth control", consideran perjudicial, destacados economistas han sostenido, con sólidas razones, la tesis contraria, más aún en el caso de los países que podríamos denominar subpoblados, en relación con su superficie y con disponibilidad de grandes recursos naturales aún no explotados. Hay que tener presente que Chile cuenta (sin incluir su territorio antártico) sólo con alrededor de 17 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que la mayor parte de las prósperas naciones de Europa Occidental superan los cien habitantes por kilómetro cuadrado; algunas los 200 y Bélgica y Holanda, más de 300. Recordemos que cuando hay más bocas que consumen, hay también más brazos que trabajan; el aumento de las fuerzas laborales lleva al incremento de la producción y a una explotación más eficaz de los recursos naturales; y que los grandes mercados de consumidores fomentan el aumento y mejoramiento de los productos y la reducción de sus precios. Como muestra de este hecho podemos señalar el espectacular crecimiento económico que han experimentado países como los Estados Unidos, Japón, Holanda y muchos otros, en los últimos cien años, impulsados por un fuerte aumento de sus poblaciones.

Por el contrario, la reducción de las tasas de natalidad, va produciendo un indeseable y retardatario proceso de envejecimiento demográfico, que altera perjudicialmente la estructura normal, por edades, de la población.

Para terminar con este aspecto del problema, señalaremos que los Estados Unidos, durante la presidencia de Ronald Reagan, presentó, en la Conferencia Mundial de Población de México (1986), abandonando en esa oportunidad la política de promover la limitación de la natalidad, una declaración en la que afirmaba textualmente:

“Primero y más importante, el crecimiento de la población es, por sí mismo, un fenómeno neutro. No necesariamente ni bueno ni malo. Se convierte en un activo o en un problema sólo en conjunción con otros factores, tales como la política económica, coartaciones sociales, necesidades de mano de obra, y otros. La relación entre crecimiento demográfico y desarrollo económico no es necesariamente negativa. Más gente no significa necesariamente menos desarrollo. Verdaderamente, en la historia económica de muchas naciones, el crecimiento de la población ha sido un elemento esencial de progreso económico”. (Citado por Jorge Ruiz Lara en el artículo incluido en la obra de Alvaro López Toro titulada: “Ensayos sobre Demografía y Economía”, Banco de la República, Santafé, Bogotá, 1991, p. 87).

Es deplorable que después de este loable y justificado cambio el gobierno norteamericano haya vuelto a su línea de conducta anterior en este ámbito, incluso calificando en forma aberrante, como un pretendido “derecho”, el abominable crimen del aborto.

5. *Consecuencias socioeconómicas del descenso de la natalidad*

La transgresión de las leyes naturales de la vida acarrea perniciosas consecuencias. Se ha comprobado que la reducción de las tasas normales de la natalidad producen un indeseable y retardatario proceso de *envejecimiento de la población*, que altera perjudicialmente la natural estructura demográfica, por edades, del país afectado por este fenómeno. En esta situación, la economía sufre graves trastornos, ya que un número cada vez más reducido de jóvenes debe asumir la carga de mantener a los sectores no productivos, que llamamos hoy día de la “tercera edad”. Hay que observar que para conservar por lo menos la población existente en una nación, de modo que los nacimientos vayan compensando las defunciones, no basta con que cada matrimonio tenga dos hijos, toda vez que se producen frecuentes casos de esterilidad natural, que

hay muchas personas que no se casan y que una elevada cantidad de niños y adolescentes fallece antes de alcanzar la edad para procrear.

Pero hay mucho más que decir en esta materia. Alfred Sauvy señala "las consecuencias espirituales del envejecimiento de la población, digamos más exactamente, su influencia sobre el carácter de los hombres y la fuerza de las instituciones".

El eminente demógrafo francés destaca, a este respecto, "la importancia considerable de los factores espirituales". Los cálculos económicos que podrían efectuarse sobre el asunto, resultan desmentidos por la experiencia: "El estancamiento acompañado de envejecimiento dejan finalmente a un país en una posición mucho más desfavorable que lo que permiten prever los cálculos o los argumentos llamados 'de sentido común'. En algunos casos ocurridos en la historia, que se señalan por vía de ejemplos, se vio que esta situación producía 'un aflojamiento de las instituciones' y cierto estado de subdesarrollo: debilitamiento del espíritu de empresa, excesiva preocupación por la seguridad, adhesión a ideas y técnicas viejas, predominio de la mentalidad del 'hijo único' ", etc.

"El ejemplo de la vivienda es significativo: mientras que, con igual esfuerzo, una población estacionaria debería estar alojada con más comodidad que una población que crece, se comprueba el resultado inverso entre Francia y los países vecinos (Inglaterra, Holanda, Suiza, etc.). Este mentís a los principios económicos atestigua la fuerza de los factores espirituales y hace intervenir la noción, quizás imprecisa, pero vigorosa, de vitalidad".

"El efecto más enfadoso del envejecimiento y del estancamiento demográfico es el modificar el estado mental de los hombres, en un sentido desfavorable al progreso, al favorecer el enfoque malthusiano". (Cfr. Sauvy, Alfred, "La población. Sus movimientos, sus leyes", Editorial Universitaria de Buenos Aires, EUDEBA, 1983, 8ª edición, pp. 127-128).

6. *La crisis moral de la civilización*

Mucho más importante en la vida de los pueblos, que esos factores vitales, son los principios éticos en que se cimenta la convivencia colectiva, como el respeto a la dignidad del hombre, el amparo irrestricto de la vida humana y el resguardo de la integridad de la institución familiar.

Estos valores fundamentales han sufrido fuertes embates, por parte de oscuras fuerzas materialistas, que están socavando las bases mismas de la civilización occidental cristiana.

El ataque permanente contra la vida humana, que se manifiesta en la masiva promoción de los medios anticonceptivos y en la justificación de la monstruosa matanza de los inocentes en el claustro materno, y el intento de desvirtuar la estructura y la estabilidad del matrimonio y de la familia, constituyen síntomas alarmantes de la gravísima crisis de la sociedad contemporánea.

El alejamiento, de amplios sectores, de los valores religiosos, espirituales y morales, y la tenaz acción de los mismos sectores por promover formas de vida propias de una concepción zoológica de la especie humana, constituyen la causa principal de esta crisis. La relajación de las costumbres, la inmoralidad generalizada, el auge de la criminalidad, la violencia, la drogadicción, el alcoholismo, la pornografía, las depresiones, las neurosis, las enajenaciones mentales, son otras tantas consecuencias del socavamiento de los principios e instituciones básicas de la sociedad.

Resulta innecesario abundar en mayores consideraciones para comprender que la eventual aprobación del proyectado acuerdo final de la Conferencia de El Cairo en sus aspectos absolutamente reprobables, que se pretende implantar como una norma internacional que debieron aplicar planificadamente todos los estados, sólo contribuiría a extender y agudizar la descomposición moral del mundo, con funestas consecuencias para la vida y el progreso de la humanidad*.

*(NR.) El profesor Hübner, experto en la materia, publicó hace tres décadas *El mito de la explosión demográfica* (J. Almendros, Buenos Aires, 1968), obra que tuvo gran repercusión en la época, en la cual denunciaba con clarividencia los orígenes políticos de este neomalthusianismo.